

LA SOCIEDAD MEXICANA Y LOS JAPONESES

MITA MUNESUKE

ESTE TRABAJO FORMA PARTE DE un informe monográfico que escribí al regresar a Japón, después de un año de permanencia en México, adonde había sido enviado por la Fundación Japón en calidad de profesor visitante de El Colegio de México.

La monografía original, cuyo título es *La sociedad y la cultura mexicanas*, consta de tres partes. En la primera, doy una visión general de la sociedad y la cultura mexicanas; en la segunda, trato de poner en claro algunos aspectos de la compleja trama sociocultural organizada alrededor de los tres estratos que componen la sociedad mexicana; y en la tercera, incluyo algunos problemas de la relación que existe entre los mexicanos, y Japón y los japoneses.

El párrafo que aquí presento corresponde a la tercera parte. Las conclusiones quizás no sean válidas para el lector mexicano, pues han sido orientadas hacia el público japonés. Sin embargo, pueden constituir un material muy útil en el esfuerzo por intensificar la comprensión mutua.

Los japoneses que viven en México pueden agruparse, a grandes rasgos, en tres categorías: los inmigrantes, es decir, los que han decidido residir allí de por vida; los visitantes, que llegan por unos pocos meses o años en misión diplomática, por negocios, docencia o estudio; y los viajeros, que arriban por unas horas, o uno o dos meses, en calidad de turistas, para asistir a congresos, etc.

En primer lugar, me ocuparé de los japoneses inmigrantes, los que son conocidos como la "colonia". Se sabe muy bien que los primeros inmigrantes han alcanzado posiciones de confianza dentro de la sociedad mexicana, luego de largos años de sufrimientos (*cf.* Ishida Isamu, *México y los japoneses*). Esta confianza que se han ganado les ha permitido llegar a desempeñar un papel muy importante en la consideración de los mexicanos hacia Japón, como veremos más adelante.

Sin embargo, como en todos los países donde hay inmigran-

tes japoneses, las relaciones entre ellos son bastante complicadas, lo que da lugar a la aparición de facciones y vínculos especiales. Se dice que en la colonia japonesa residente en México existen dos grupos claramente discernibles. Durante la Segunda Guerra Mundial México estaba del lado de los Aliados, por lo cual, los japoneses que residían allí, por pura formalidad, eran vigilados y obligados a vivir en dos ciudades: México y Guadalajara. Parece ser que los que habían llegado al país desde bastante antes, a causa de intereses y malentendidos se enfrentaron a los que lo hicieron después.

En la actualidad, sin embargo, han aparecido nuevos factores, y ya no es posible dividir a la comunidad japonesa con la misma simplicidad con que se lo hizo en tiempos de guerra. Al respecto, los argumentos que se esgrimen son dos: en primer lugar, parece ser que los que vivieron por más tiempo en la ciudad de México llegaron a tratar con frialdad y dureza a los que llegaron de provincia (claro que esto lo dicen los inmigrantes provincianos). El segundo argumento, que me sorprendió mucho, está relacionado con el problema de la "comunidad de los intocables". De acuerdo con éste, uno de los grupos estaría integrado por inmigrantes provenientes de la comunidad de los intocables japoneses. Por supuesto, esto se dice en voz baja, aunque se afirma que ahí está el meollo del asunto. Algunos incluso llegaron a darme nombres, pero mi interés no está ahí. Lo que me dejó horrorizado fue el hecho de que después de medio siglo y tres generaciones se siga reproduciendo, al otro lado del planeta, un conflicto de por sí ilógico como es la discriminación de los "intocables". En lo que se refiere a los visitantes, que llegan por unos pocos meses o años, en misión diplomática, por negocios, docencia o estudios, también pueden establecerse diferencias: están los que llegan atraídos por el país, y que luego se decepcionan, y, por el contrario, los que llegan por obligación y se enamoran de México después de un tiempo. Aunque muchas veces la simpatía y el rechazo se dan en el mismo individuo, puede decirse que estas dos categorías funcionan aceptablemente para el análisis. Es muy natural que haya quienes amen un país y otros que lo rechacen, pero en el caso de México, debido a su fuerte personalidad, este contraste se vuelve realmente evidente.

Yo pertenezco a la categoría de los que llegaron a México por obligación y luego se enamoraron de él. No obstante, el grupo más nutrido está constituido, desgraciadamente, por los desilusionados. Entre los que más parecen despreciar al país están los empleados de las grandes firmas japonesas de comercio exterior y sus familias, quienes constituyen la mayoría abrumadora. Los que, por el contrario, llegan a enamorarse de México son los estudiantes, lo que hace pensar en una diferencia generacional.

En lo profundo de los visitantes que rechazan a México está la conciencia que considera a Estados Unidos y Europa Occidental como países "más avanzados", seguidos inmediatamente por Japón, y más atrás por México y el Tercer Mundo, que constituyen los países "más atrasados". También subyace la conciencia valorativa, que toma como base el avance industrial y los tipos humanos de eficacia, exactitud, diligencia, racionalidad, etc., que genera. Es muy común entre los japoneses el prejuicio de que ir a New York o París da prestigio, pero, en cambio, de que México no es muy honorable para una carrera. Los que padecen de este prejuicio son incapaces de aprovechar su estadía en este último país, y convertiría en una experiencia útil, digna de ser tomada en cuenta. Su preocupación principal es tratar de que los días pasen rápido y sin problemas, para poder reintegrarse a Japón sin sufrir el sentimiento de "apego a México". Para ello, tratan de no involucrarse para nada con la sociedad mexicana, conservando el estilo japonés en el trato con las personas y en la educación de los hijos. He conocido a varios japoneses que, no obstante haber estado viviendo en México por espacio de más de un año, no han conocido los mercados populares ni las poblaciones indígenas, así como nunca han subido a un camión o al metro. Lo que buscan es alternar solamente con la sociedad elegante, sin salirse de la seguridad y la limpieza. Aunque se trata de algo que no me compete, lamento mucho que esto suceda.

En México los cerezos florecen en enero y en mayo. Me ha tocado ver a madres japonesas preocupadas porque sus niños fueran a pensar que "los cerezos florecen todo el año". Básicamente les preocupaba que, a su regreso a Japón, los niños no pudieran asociar la palabra "cerezos" con "abril", que es

cuando florecen aquí. Respondiendo a esta preocupación de los padres, en la escuela para niños japoneses residentes en México se utilizan los mismos libros de texto que en Japón, por lo que se les enseña que los cerezos florecen en abril, al margen de que al otro lado de la ventana los niños vean los cerezos florecer en enero y en mayo. Con pocas excepciones, el método "cerezos-abril" es muy bien acogido por la generalidad de los padres.

Yo creo que la verdadera enseñanza de la ciencia comienza cuando a lo que dicen los libros de texto se contraponen la realidad objetiva inmediata. No hay razón para meter a fuerzas el concepto de rotación de la tierra, cuando es más interesante el problema de la existencia de "estaciones". Hay una gran diferencia en afirmar que "los cerezos florecen en abril" y "los cerezos florecen en abril *en Japón*". Dejar escapar esta oportunidad nos muestra que el corazón de los visitantes japoneses a menudo está cerrado a nuevas experiencias en tierras extrañas.

A continuación, me referiré a la tercera categoría de japoneses, es decir, los viajeros. Para los mexicanos Asia está tan lejos como para los japoneses lo está América Latina. El mexicano medio —exceptuando a los intelectuales, los trabajadores de aeropuertos u hoteles y los choferes de taxi— no sabe distinguir entre un japonés, un chino, un coreano o un vietnamita. En Guatemala, por ejemplo, a todos los japoneses los llaman "chinos", lo que también sucede en México, aunque con menor frecuencia. Esto irrita profundamente a los japoneses viajeros. Uno de ellos, después de haber hecho compras en una tienda, enojado porque lo llamaron "chino", devolvió las cosas y se fue. Una japonesa abandonó bruscamente un restaurante porque le dijeron "china". Muchas veces son las mismas personas que experimentan estas situaciones las que las relatan. Pareciera como si detrás de estos hechos inocentes estuviera agazapada la actitud discriminatoria de los japoneses hacia los chinos, hecho por demás criticable que no viene al caso discutir aquí. Yo creo que es bastante natural para un mexicano confundir a un japonés con un chino, y todavía pasará bastante tiempo antes de que esta situación cambie. Por otra parte, opino que es muy negativo llevar consigo por el mundo puntos

de vista que sólo son vigentes en Japón. Una verdadera "sensibilidad internacional" significa, antes que nada, modificar flexiblemente una perspectiva antes que aprenderse un discurso en inglés o preparar un plato francés.

Por último, me referiré al sentimiento de los mexicanos por Japón. Como muchos pueden decirlo, México es un país donde existe simpatía hacia Japón. Creo que con relación a esto, cinco son las razones. En primer lugar, la similitud étnica. Como es bien sabido, los indios tienen tipo mongoloide y se dice que llegaron de Asia cazando renos y mamuts, en la era paleolítica, cuando todavía el Estrecho de Bering no existía, y Asia y América estaban unidas por masas de hielo. Sólo los bebés japoneses y los indios presentan "manchas mongólicas". Algo tan típicamente japonés, como sentarse en el suelo con las piernas dobladas, cargar a los niños en la espalda, usar pañoletas para llevar objetos, etc., también se encuentra entre los indígenas mexicanos (y de los países vecinos). Éstos son hechos antropológicos que el mexicano medio ignora, así como que nos parecemos sorprendentemente en la sensibilidad hacia las cosas y en el trato humano. En ocasión de visitar algunas comunidades indígenas me encontré con muchas personas parecidas a los campesinos japoneses de antaño. Entre los mestizos, que conforman una gran parte de la población mexicana actual, he encontrado individuos que se parecen, en lo físico y en la sensibilidad, a los japoneses actuales de las ciudades, un poco occidentalizados. En japonés existe una expresión, *jada ga au*, que significa "llevarse bien por la piel" y que puede aplicarse a japoneses y mexicanos, aunque estén separados en el tiempo y el espacio.

En segundo lugar, como ya lo he mencionado, la reconocida laboriosidad de los inmigrantes japoneses les ha granjeado la simpatía de los mexicanos. Los que trataron de ascender rápidamente, por el contrario, se hicieron desagradables, aunque hay profesiones, como por ejemplo dentista, donde ser japonés ya es una garantía. Este punto, hasta ahora no tomado suficientemente en cuenta, es necesario que sea incorporado.

En tercer lugar, encontramos el romanticismo. A una estu-
diosa de Akutagawa Ryuunosuke que asistía a mi seminario y cuyo esposo era un líder del movimiento campesino brasileño

le pregunté por qué tenía interés en el escritor japonés, al parecer tan lejano de su realidad, a lo que me contestó que antes que socialista ella era romántica. Japón, el país insular que se encuentra al otro lado de los mares, muchas veces constituye un buen objeto de romanticismo para los hispanoamericanos.

En cuarto lugar, para la conciencia anti Estados Unidos y anti Europa Occidental de Latinoamérica, Japón puede ser una buena alternativa. A raíz de que nuestro país es el único fuera de la raza blanca que ha logrado un alto grado de desarrollo industrial y una civilización moderna comparable a la europea y la estadounidense, hay muchas esperanzas puestas en Japón, tanto en lo político y económico, como en lo cultural. Dentro de este contexto, se puede comprender el sentimiento antinorteamericano y antisoviético, y la simpatía por China y Japón.

En quinto lugar podemos citar un factor de carácter pasivo: no haber tenido una guerra directa con Japón o sentirse bajo su presión económica favorece las simpatías. Naturalmente, en la Segunda Guerra Mundial, si bien en lo formal México estaba del lado de los Aliados, y en la actualidad ha habido un choque de intereses —como por ejemplo la cuestión del patrimonio marítimo—, México no se ha enfrentado nunca a Japón, como ha sucedido con los países del Sudeste Asiático. Como se puede observar en este quinto factor, y como lo ha indicado Ishida Isamu (*op. cit.*), esta simpatía puede transformarse, en el futuro, en algo negativo, de acuerdo con la política que asuma el gobierno japonés y con la actitud de los japoneses que llegan a México. Me gustaría que surgiera la conciencia de este problema, antes que en los japoneses que llevan años en México, en los que van a México para residir por una corta temporada (empleados y estudiantes) o simplemente atraídos por el país como turistas.

Traducción del japonés:
TAKERU SUGIYAMA